



EL V. P. CRISTÓBAL DE SANTA CATALINA.

BIENHECHORES DE LA HUMANIDAD.

El Venerable Padre Cristóbal de Santa Catalina, Presbítero.

El V. varón, objeto de este artículo, aunque dignísimo de ser contado entre las personas que mas se han distinguido por su heroica caridad y beneficencia, de alguna de las cuales se ha tratado en este *Semanario*, apenas es conocido mas que en la provincia de Córdoba, por lo que nos ha parecido muy conveniente publicar, aunque breve y sucintamente, la noticia biográfica que sigue:

El V. P. Cristóbal de Santa Catalina nació en la ciudad de Mérida el día 25 de Julio de 1638, y fueron sus padres Juan Lopez de Valladolid y Juana de Orca, de ejercicio labradores, y sujetos de honestas y piadosas costumbres. El niño Cristóbal no manifestó cosa alguna extraordinaria en su puericia; mas era modesto, obediente y bien inclinado. Habiendo llegado sus padres á extrema pobreza, se ejercitaba con sus hermanos en buscar por el campo plantas comestibles para alimentarlos. Ya algo mayor, dió mues ras de crecer en las virtudes cristianas, y se llegó á descubrir que usaba de alguna mortificación. Entonces se acomodó en un hospital para servir á los pobres, y notando el rector la mucha virtud del jóven Cristóbal, le propuso abrazar el estado eclesiástico, como lo hizo; y ya ordenado de sacerdote, fué capellan de un tercio de tropas que militaba en la guerra de Portugal, en cuyo empleo manifestó un celo infatigable y una ardiente caridad para asistir á los soldados, especialmente cuando heridos en el campo de batalla, necesitaban los auxilios espirituales; por lo que era el consuelo universal del tercio. Dejó el ejército con motivo de una enfermedad, y volvió á su patria para restablecerse; y estando en ella, le ocurrió el pensamiento de retirarse á un desierto para hacer una vida mas perfecta; mas por mucho tiempo permaneció indeciso, hasta que al fin se resolvió, y se dirigió á la sierra de Córdoba y sitio nombrado el Bañuelo, donde en aquel tiempo habia un heremitorio, y allí vivió sin manifestar al principio que era sacerdote, hasta que al fin, creyendo justamente que no obraba bien en no ejercer su ministerio, lo manifestó y desde entonces se hizo el padre de aquellos anacoretas.

En este desierto hizo una vida penitentísima: y aunque tan retirado del comercio del mundo, no pudo estar oculta su virtud; pues se señalaba con sus palabras, edificaba con sus obras, y ya se vieron algunos milagros con que quiso Dios confirmarla.

Habia ya por este tiempo en Córdoba un hospital con el título de San Juan y San Jacinto para recoger enfermos que padeciesen dolencias incurables; pero muchas mujeres que por ancianidad ó accidentes estaban impedidas, morian en la mayor miseria y abandono. Llegó á noticia del P. Cristóbal la situación de estas desgraciadas, y resolvió poner los medios para remediarlas. Dejó el desierto, bajó á

la ciudad, y buscando edificio donde formar recogimiento, halló una ermita dedicada á San Bartolomé, en la cual se daba culto á Jesus Nazareno, la que tenia algunas habitaciones; pidióla á la hermandad á que pertenecía, y se la concedió sin dificultad.

Dió principio á la obra y fundacion del hospital en 41 de Febrero de 1675, y buscando pobres por las calles y casas los llevó á él, ayudando las personas caritativas con los efectos que podían. Formó dos comunidades de hermanos y hermanas; personas virtuosas y benéficas que, no por interés sino por vocacion, asistiesen á las enfermas. A estas comunidades hizo establecer una vida penitente y austera bajo la regla de la V. O. T. de San Francisco, y les prescribió un método de vida en que ejercitasen todas las virtudes. Aunque el hospital no tenia mas caudal que las limosnas, no permitia el P. Cristóbal que se pidiese hasta que asomase la necesidad, y habiendo ocurrido ocasiones en que ésta fué urgentísima, premió Dios la firmísima confianza que el P. Cristóbal tenia en su providencia, haciendo admirables prodigios, hasta multiplicar el dinero visiblemente para pagar los albañiles que trabajaban en el hospital; el trigo, en términos de durar 50 fanegas el tiempo de mas de tres años; y el aceite, teniendo no solo para el gasto del hospital, sino tambien para dar á otra casa religiosa.

No es posible hallar un corazon mas compasivo y misericordioso que el del P. Cristóbal. Tenia por suyas las necesidades ajenas, y las socorria como propias. No contento con asistir á las pobres de su hospital, que eran numerosas; socorria cuantas necesidades podia en toda la ciudad, y solia juntar muchos niños pobres que algunas veces llegaron á 200, y despues de haberlos hecho cantar algunas sencillas alabanzas á Dios, les repartía el sustento que necesitaban. Esto ocurría en años que la ciudad de Córdoba padecía grandes carestias. Consolaba á los enfermos, dábales consejos saludables, y aun el alimento con sus propias manos, siendo estas las únicas ocasiones en que no escaseaba las palabras. Fueron muchos los que, tanto en el hospital como en las casas particulares, debieron la salud milagrosamente á las oraciones del P. Cristóbal, pues se hallaban en tal estado, que no era posible la hubiesen conseguido por los medios naturales.

Para con Dios y para con sus semejantes era su caridad ardiente, su celo infatigable, su humildad profunda, su paciencia en los trabajos admirable, su pobreza rigurosa, su castidad perfecta, su oracion continua y sublime, y sus palabras contenian con el mayor lacónismo, los mas importantes documentos de la vida cristiana. Su aspecto revelaba las altas virtudes que adornaban su alma. Su semblante era modesto y bajos sus ojos sin afectacion, sus palabras medidas y apacibles, sus acciones moderadas y sin encogimiento, compues tos sus pasos y sin presuncion, sus vestidos humildes y viles sin singularidad.

Entre las eminentes virtudes del P. Cristóbal sobresalian la confianza en la providencia de Dios, y la mas heroica humildad, de

25 DE NOVIEMBRE DE 1855.